

## «MAX WEBER Y LA SUPERACION DE LA MODERNIDAD»

### ■ Conferencias de Ignacio Sotelo

No tanto presentar en apretada síntesis algunas ideas fundamentales que introdujo el sociólogo alemán, Max Weber, como examinar su valor para una interpretación de nuestra situación actual fue el propósito del ciclo de conferencias que, bajo el título de «Max Weber y la superación de la modernidad» pronunció, del 2 al 11 del pasado octubre, en la Fundación, **Ignacio Sotelo**, catedrático de Ciencia Política de la Universidad Libre de Berlín.

Ofrecemos a continuación un resumen.

Las fechas dentro de las que transcurre la vida de Weber (1864-1920) coinciden casi exactamente con las del Segundo Imperio alemán (1871-1918). El rasgo más llamativo de este período en Alemania es la divergencia entre el poder económico y social que ha alcanzado la burguesía y su escasa influencia política. La burguesía alemana se caracteriza por una relación conflictiva con la política: bien se reduce a aplaudir servilmente al poder, bien muestra el más absoluto desprecio por la política. La división de la burguesía, en una rama intelectual y otra industrial, con orientaciones valorativas y formas de vida muy distintas, así como su común rechazo de la política, constituyen las dos experiencias históricas que Weber elabora a lo largo de su vida. Tanto por línea paterna como



IGNACIO SOTELO nació en Madrid en 1936. Tras licenciarse en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Central de Madrid, amplió estudios de Filosofía y de Sociología en la Universidad de Colonia (Alemania) doctorándose en esta universidad en 1965. Desde 1973 es catedrático de Ciencia Política en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sartre y la razón dialéctica* (1967); *Sociología de América Latina* (1972); *Del Leninismo al Estalinismo* (1976); *El Socialismo democrático* (1980), así como numerosas publicaciones en revistas científicas.

materna Weber proviene de familias típicamente burguesas. Su plena identidad de burgués configura una de las columnas de su personalidad. Burgués cabal, pero burgués lúcido sobre las contradicciones y debilidades de la burguesía alemana de su tiempo.

La madre de Weber —Helene Fallenstein— que desempeñó un papel decisivo en su vida, pro-

viene de una familia de origen hugonote que desde hacía algunas generaciones había dado profesores de segunda enseñanza y funcionarios civiles, y que encarna los valores religiosos e intelectuales de una parte de la burguesía cultivada. Por parte paterna, en cambio, proviene de la burguesía comercial que acaba de elevarse a industrial, y que, con su padre, logra saltar a la política.

En la socialización familiar de Weber se viven como altamente conflictivos los valores religiosos e intelectuales de la parte materna, con los pragmáticos, vinculados al goce del poder, de la paterna. Las tensiones internas de la burguesía alemana de su tiempo resultan así substrato esencial de la propia biografía que explicitan, tanto su constante ambigüedad hacia la política, como su afán de discernir los valores consecuentes de su incompatibilidad. A partir de esta experiencia, el conflicto, la lucha y el poder resultan las categorías básicas que pretende captar en la fundamentación de una sociología universal.

Pero junto a las formas de socialización familiar se insiste en las institucionales; el gimnasio humanista y la universidad del Segundo Imperio dan cuenta de su formación universal. Weber entre los veinte y los treinta años, con una capacidad impresionante de trabajo, que se reputa neurótica, se convierte en jurista, historiador de la Antigüedad, filósofo y economista, disciplinas que logra dominar e integrar en su construcción sociológica.

Cinco son los períodos claves que se analizan en la vida de Weber: 1) años de formación, que se extienden hasta 1893, fecha en la que consigue la

cátedra de economía en la universidad de Friburgo y que se cierran con el matrimonio. 2) Período de éxito social como catedrático prestigioso en Friburgo y luego, a partir de 1896, en Heidelberg, la ciudad materna, en la que va a residir la mayor parte de su vida. 3) Años de enfermedad, de honda crisis nerviosa, que se inicia a raíz de la muerte de su padre, en 1897, y que se prolongan hasta que se ve obligado a abandonar la cátedra en 1902. 4) Período de vida recoleta, viviendo de las rentas familiares, en el que cuaja la parte más original de su obra. 5) Período turbulento de la primera guerra mundial y de la posguerra, en el que renacen los viejos fantasmas —nacionalismo, capacidad ilimitada de trabajo— y llega a la cúspide de su clarividencia, que acaba con su muerte repentina, a causa de una pulmonía, en 1920, después de haberse hecho cargo, un año antes, de la primera cátedra de sociología de la Universidad de Munich.

### Religión y modernidad

Para calibrar el alcance de la crisis en el desarrollo científico de Weber se contraponen dos escritos, uno que la precede inmediatamente, «Las causas sociales de la decadencia de la cultura antigua» (1896), y otro elaborado una vez ya reestablecido de su enfermedad, «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» (1905). El primero revela la asimilación del marxismo: el mundo antiguo terminaría por ser inviable debido a la contradicción insalvable entre la «superestructura» política y la «infraestructura» económica. Claramente se ma-

nifiesta en este escrito la influencia de Marx, que ya no le abandonará en lo sucesivo. Hay que interpretar el pensamiento de Weber como un diálogo —de aceptación y de rechazo— con la obra de Marx.

El tema que está sobre el tapete es el destino de la civilización capitalista: los marxistas proclaman su fin inminente. Téngase en cuenta que los años de crisis de Weber coinciden con la polémica en torno al revisionismo de Bernstein. La pregunta candente por el futuro del capitalismo se convierte en los medios universitarios más avanzados en una previa: la de su origen, vinculando con ella la de su peculiaridad histórica.

Que de algún modo existe una relación entre la cultura del capitalismo y la reforma protestante es una idea que está en el ambiente. ¿Cómo se explica una relación de parentesco entre una determinada religiosidad, que pertenece a lo más íntimo del individuo, y una formación socio-económica, como es el capitalismo? Weber introduce una nueva categoría, la del «espíritu del capitalismo» que se va a mostrar enormemente fructífera. Weber ha tomado de Sombart la definición del capitalismo como «comportamiento económico racional». Weber admite la racionalidad, como elemento definitorio del capitalismo, pero no sin haber previamente discutido el sentido de la noción de racionalidad. El capitalismo es racional porque estructura todos los medios con vistas a un fin. La racionalidad del sistema se deriva de la estructuración de los comportamientos a la consecución de un solo fin. El «espíritu del capitalismo» define este fin, co-

mo la acumulación ilimitada, en cuanto fin en sí mismo.

Pero, ¿desde qué supuestos puede parecer racional la eliminación de todos los fines posibles, no dejando otro válido que el afán infinito de acumulación? ¿Cómo es posible que haya podido erigirse en fin en sí mismo el principio de la maximalización de los beneficios? Indudablemente, la estructuración del comportamiento encaminado a un solo fin racionaliza la conducta. Pero ¿es acaso racional este fin de acumulación infinita? Desde cualquier otro fin, la acumulación infinita se muestra obviamente poco razonable, se convierte en racional tan sólo desde los supuestos dogmáticos de una determinada teología.

Este es el punto en el que se inserta la particularidad sorprendente del «espíritu del capitalismo» con una no menos sorprendente y peculiar creencia religiosa: el calvinismo con su doctrina de la predestinación. En efecto, esta doctrina divide a los humanos en dos grupos definidos y separados desde la eternidad; de un lado, están los predestinados a salvarse; de otro, los predestinados a condenarse, como corresponde a la omnisciencia y omnipotencia de Dios.

Esta doctrina teológica, que recusa cualquier modo de mediación de la voluntad eterna de Dios, tiene la virtud de eliminar radical, tajantemente los residuos mágicos que se creen capaces de intervenir en lo sobrenatural, contribuyendo decisivamente al «desencantamiento del mundo». Nada ni nadie nos puede librar de la angustia de no saber a qué grupo pertenecemos. Sin poder acudir a ninguna magia, sacramento o institución intermediaria, la única

terapia es el vértigo de la actividad incesante. Desde estos supuestos teológicos, la vida consiste en una ascética de la renuncia que culmina en una del trabajo disciplinado que nos hace olvidar angustias y tentaciones. Este «ethos», basado en una extraña doctrina teológica, tiene la virtud de perfeccionar y especializar el trabajo profesional, a la vez que trabajando incansablemente y renunciando al consumo, se eleva enormemente la tasa de ahorro y de inversión, de las que se deriva una rápida acumulación

Lo que en sí parece irracional —el principio de la acumulación ilimitada— adquiere desde estos extraños supuestos teológicos su racionalidad. Una vez institucionalizada esta lógica de la acumulación, no queda otro remedio, para resistir a la competencia, que trabajar duro e invertir fuertemente. Desaparecida su base teológica, el sistema independiza su lógica, imponiéndola como implacable y necesaria.

Tres son los resultados principales que se desprenden de esta joya sociológica que es «La ética protestante y el espíritu del capitalismo»: 1) Se pone de manifiesto la identidad propia de lo ideológico, de las creencias personales, sin que puedan subsumirse o derivarse de las estructuras socioeconómicas. 2) Se subraya la significación fundamental de lo religioso en la configuración del mundo moderno. Las dos fuentes de la conflictividad familiar, la religiosa materna y la empresarial paterna, encuentran su identidad propia originaria. 3) Queda patente la multiplicidad significativa de lo racional, frente al concepto unívoco de razón que hasta entonces había prevalecido.

## Fundamentación de la ciencia social

¿Cómo construir entonces un saber objetivo, cómo fundamentar una ciencia social, si lo racional significa una multitud de cosas? Racional quiere decir la adecuación óptima de los medios a un fin; pero este fin puede ser muy diverso. Sobre los fines o valores no cabe argumentar razonablemente. Unos colocan en la cúspide de los valores a la libertad, otros a la igualdad; unos a la paz, otros la grandeza de la propia nación. Los fines, o bien están implícitos en la cultura a la que pertenecemos —valores culturales— o bien provienen de las convicciones personales de cada uno. Lo que caracteriza a nuestra cultura en su actual grado de desarrollo, es la pluralidad de los sistemas valorativos. Frente al monoteísmo de la razón, vivimos en el politeísmo de la racionalidad.

En la misma época en que escribe los ensayos que luego reunidos van a formar «La ética protestante y el espíritu del capitalismo», Weber trabaja en una serie de artículos en los que discute problemas relativos a la fundamentación de la ciencia social. Vincula el hacer sociológico con la reflexión metodológica sobre lo que va haciendo. En «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» el objetivismo marxistizante de la época anterior viene sustituido por el reconocimiento de la subjetividad individual. Los individuos tienen creencias que responden a su propia lógica interna, factor irreductible, aunque en comunicación con las estructuras socioeconómicas. La nueva actitud metodológica de

Weber asume algo que debería parecer obvio: no se puede hacer ciencia social eliminando a la subjetividad, como si se tratase de un factor distorsionante. Una ciencia social que se ocupe realmente de la conducta humana tiene que superar cualquier forma de objetivismo determinista, que se revela simple «filosofía de la historia».

Qué sea la realidad social, en cuanto realidad objetiva, es una forma falsa de preguntar. Lo social consiste en acciones individuales que se entrelazan, reaccionando unas frente a las otras. Pues bien, la acción humana, en cuanto encaminada a un fin, tiene sentido. La sociología tiene no sólo que *explicar* relación de causa a efecto —sino *comprender*, es decir, revelar su sentido, lo que es lo mismo que considerar su fin.

El principio weberiano de una «ciencia social libre de valores» no propugna una explicación objetiva, libre de cualquier consideración subjetiva. Consciente de la conexión valorativa de todo el saber social, lo que exige es que se diferencien los valores y se confiese la dimensión valorativa del preguntar. El que delimitemos un tema como digno de ser conocido, conlleva ya determinadas valoraciones que es preciso hacer explícitas.

Si la realidad social no está objetivamente estructurada —o por lo menos no es cognoscible si lo estuviera— la función de la ciencia consiste en ordenar el caos, la «infinita diversidad» en que se presenta la realidad. El primer principio de ordenación consiste en distinguir lo «esencial» de lo «accidental», o si se quiere, para no caer en ninguna forma de objetivismo me-

tafísico, lo «significativo» de lo «irrelevante».

El dilema que ha de superar una ciencia social libre de cualquier residuo metafísico, es el del dogmatismo objetivista, por un lado, —la realidad social se considera en sí misma estructurada, y el conocimiento reproduciría en categorías las estructuras dadas en la realidad— y el empirismo radical, consecuente, por otro: la «diversidad infinita» de los hechos y datos empíricos, sin criterios para ordenarlos, desconectados de cualquier enfoque valorativo. En la primera falsa solución se acumulan perspectivas valorativas, como si se tratasen de estructuras objetivas; en la segunda, se han desconectado los valores, pero no quedan criterios de ordenación.

No cabe delimitar a priori un ámbito definitivo de lo social. El ámbito de lo social cambia con los cambios culturales, es decir, con los distintos enfoques valorativos: la vida social se revela un permanente fluir de valores y de perspectivas. Teniendo muy en cuenta esta fluidez de las significaciones culturales y la subjetividad de los valores, ¿qué quiere decir entonces objetividad en las ciencias sociales?

Desde su implantación kantiana, conocer para Weber supone elaborar los datos empíricos con los instrumentos adecuados —los conceptos— que no provienen de la realidad que se pretende conocer. La cuestión de la objetividad en las ciencias sociales depende del modo, correcto o no, como construimos los conceptos capaces de poner orden en la «diversidad infinita» de lo real. Pues bien, a estos conceptos ordena-

dores los llama Weber «tipos ideales». Ideal, en el sentido de que no provienen de la realidad, sino que son meras «construcciones mentales»; tipo, en el sentido de que recalcan, subrayando unilateralmente, si exagerando, ciertos elementos que desde un determinado punto de vista parecen «típicos».

### **La actualidad de Weber**

En las primeras investigaciones sociológicas, Weber construye «tipos ideales» enormemente fructíferos —como el mencionado del «espíritu del capitalismo»— pero que se inscriben en una determinada cultura. Con su apoyo, Weber define a la modernidad —otro tipo ideal que ha dado mucho juego— como un proceso de racionalización. En su última época, a partir de 1913, Weber pretende la elaboración de «tipos ideales», con una aplicación universal, es decir, aplicables a cualquier cultura y en cualquier tiempo. Una sistematización de estos tipos ideales universales la lleva a cabo en su obra póstuma, «Economía y Sociedad». Significativamente los tipos ideales en los que culmina esta sistematización de tipos ideales universales son poder y dominación, o si se quiere, poder institucionalizado. La universalidad última del poder como tipo ideal radica en que supera la diferencia entre hechos y fines. Lo que caracteriza al poder institucionalizado —el Estado, en su última forma— no es el fin o los fines para los que existe, cambiantes o ideológicos, sino la especificidad del medio que utiliza: el recurso exclusivo de la fuerza. La ac-

ción política se revela en el afán de conseguir poder, de conservarlo y ampliarlo, sean cuales fueren los fines por los que se justifique esta apetencia de poder.

En los orígenes de la modernidad, un solo fin que se revela teológico, la acumulación infinita, racionaliza las conductas, permitiendo el desarrollo del capitalismo. La modernidad se define así como un devastador proceso de racionalización; devastador en el sentido que expulsa, relega o destruye todo aquello que no encaje en la nueva racionalidad. Weber depura la ciencia social de las filosofías de la historia —idea del progreso, marxismo, positivismo, evolucionismo— que la modernidad había producido como ideologías legitimadoras. Trata de elaborar una teoría científica de la modernidad, lo que supone trascenderla, colocándose en otro contexto. El capitalismo, lejos de ser expresión universal de la razón económica, se desenmascara conectado con una especial forma de religiosidad. Por lo visto, el proceso de racionalización en que consiste la modernidad tiene un origen nada racional. Weber no sólo estudia los orígenes de la modernidad capitalista, sino que concibe y hasta predice su final. El mismo proceso de racionalización que la constituye, la aniquila: la racionalidad implícita en el capitalismo terminará con él, al desembocar en una burocratización generalizada de la vida social y económica. Ahora bien, este esquema interpretativo se revela también una filosofía de la historia, que Weber, desde sus supuestos metodológicos, no puede menos que rechazar. ■